

LIBERAR LA VERDAD CIENTÍFICA

Natalia López Moratalla*

RESUMEN

Al lenguaje de la ciencia positiva no le basta la gramática propia de las descripciones de los hechos, precisamente porque los hechos no son neutros, sino significativos, naturalmente con sentido. Un significado que está escrito en el lenguaje propio y universal de ese mundo, que es un lenguaje simbólico. Lo que aparece en primer plano, las apariencias, asequible al modo humano de conocer los hechos, es, a su vez, signo de la realidad profundamente misteriosa. La biología humana, al mostrar que cada ser humano no está sumergido en los procesos naturales de la fisiología, deja el conocimiento abierto al misterio. No existe una “propiedad biológica” que explique la apertura libre, intelectual y amorosa de los seres humanos hacia otros seres. Pero la biología describe espléndidamente los presupuestos biológicos del don de la libertad personal. En efecto, hay experiencias prototípicamente humanas y, por lo tanto, universales, que siendo hechos comprobables empíricamente dan la certeza de que el mundo, la vida y cada uno de los seres humanos tienen sentido. La luminosidad de la naturaleza, por la que se hace accesible a nuestro conocimiento, es una revelación natural de su Hacedor, que fue además contada con la revelación primitiva a todos y para todos los hombres, añadiéndose así a la racionalidad humana un apoyo en la confianza de quien relata lo que hizo. Y que sólo tomará una forma de expresión nítida en la revelación judeocristiana. Por ello, el conocimiento científico forma parte de una racionalidad humana más amplia. Y abriéndose a las otras formas de conocimiento, puede ir hacia esos puntos de confluencia del pensamiento humano de todas las épocas, que permiten mirar limpiamente la realidad.

PALABRAS CLAVE: lenguaje de la ciencia positiva, razón técnica, razón ética, fuerza del hecho biológico, experiencia humana de hechos empíricos.

ABSTRACT

The grammar proper to the description of facts does not satisfy the language of positive science, just because facts happen not to be neuter but significant, naturally armed with sense, with a meaning, a meaning that is written in the characteristic and universal language of that world, which is a symbolic language. What appears in close-up, the appearances, attainable or accessible to the human way of knowing or getting to know the facts, is in turn a sign of a profoundly mysterious reality. Human biology, in showing that each human being is not submerged in the natural processes of physiology, leaves knowledge open to mystery.

There is no “biological property” to explain the free, intellectual and loving opening of human beings towards other beings. But biology does splendidly describe the biological assumptions of the gift of personal freedom. Indeed, there are prototypically human - therefore universal - experiences that, because they are empirically verifiable facts, provide us with the certainty that the world, life, and each one of the existing human beings make sense. The luminosity of nature, by which it becomes accessible to our knowledge, is a natural revelation of its Maker^(), that was besides told to all and for all with the primitive revelation, adding in that way to human rationality a support in the reliance of who is narrating what He has done. And that will only take an expression shape in the Judeo-Christian revelation. For this reason, scientific knowledge makes part of a wider human rationality. And, in opening itself to the other forms of knowledge, it can go towards these points of confluence of human thought of all ages, permitting us to look at reality in a clear and honest way.*

KEY WORDS: Positive science language; technical reason; ethical reason; strength of biological fact; human experience of empirical facts.

FECHA DE RECEPCIÓN: 23-11-2005
FECHA DE ACEPTACIÓN: 12-1-2006

* Doctora en Ciencias Biológicas. Catedrática en Bioquímica y Biología Molecular, Facultad de Medicina, Universidad de Navarra. Miembro del Comité Asesor de Hay Alternativas.
E-mail: natalialm@unav.es

El clamor, que se expresa en el lenguaje de la antigua y sabia máxima *conócete a ti mismo*, interpela a todo hombre y puede quedar ahogado en el continuo bombardeo de informaciones y reclamos al que está, al menos aparentemente, abocado en la cultura actual dominante. Cada opción en la vida y cada actitud ante ella tienen debajo unas creencias y las creencias son verdaderas o falsas. De manera ineludiblemente, cada uno es el primer beneficiario o la primera víctima de sus decisiones y actitudes.

Hay una “peculiar *no-verdad*”¹ de la visión del mundo que consiste en la reducción de la realidad a los datos empíricos como si las facultades de la razón se limitasen exclusivamente a percibir solo la dimensión cuantitativa de la realidad. Sin embargo, el hombre es capaz de conquistar con la razón verdades más verdaderas aún que las adquisiciones experimentales en el campo de las ciencias positivas; más verdaderas porque captan más profundamente la verdad del ser.

La verdad científica no es todo lo que el hombre puede alcanzar, pero el lenguaje universal de la naturaleza, especialmente de la biología humana, puede ayudar a redescubrir la verdad del mundo real y del hombre. Cautivados por los hechos comprobables, y con la confianza que se pone en lo que se confirma midiendo y pesando, la fuerza propia de los hechos naturales permite salir al encuentro de esa necesidad de sentido que los hombres experimentan en el ambiente asfixiante de la sociedad tecnológica.

¹ Cfr. Ratzinger, J. *Una mirada a Europa*, Madrid, Ed. Rialp, S. A., 1993, pag. 57.

En efecto, hay experiencias humanas, prototípicamente humanas y por tanto universales, que dan la certeza de que el mundo, la vida y cada uno de los seres humanos tienen sentido. Son hechos verificables que al mismo tiempo trascienden y apuntan a la persona. Más aún, las grandes conquistas de la humanidad proceden en última instancia de que esas certezas, las verdades verdaderas, están escritas en el corazón de todo hombre y resuenan en él cuando se escuchan y cuando se piensan.

¿QUÉ NOS IMPIDE ESCUCHAR LA VERDAD EXISTENCIAL?

El lenguaje limitado de la técnica

La técnica parte del principio de “conocer para poder”. La ciencia es fácilmente convertible en un saber para manipular y doblegar lo conocido, sin atender a lo que la realidad *dice* de suyo. Es más, puede empeñarse en imponerle un proyecto diferente. El lenguaje de la técnica es el propio de la arrogancia: deslumbra, atrae y ata. Entra en la intimidad del pensamiento y es capaz de proponerse *reinventar* el proyecto original sobre el mundo del que no es autor. Los hombres podemos albergar la duda de que si la realidad natural es racional, hermosa y *bien proyectada*, eso se deba, precisamente, a que responde al proyecto de un Creador bueno y todopoderoso que lo diseña y mantiene. De lo que no nos cabe duda es de que el mundo natural no es hechura del hombre. Es obvio que está ahí –conducido a su propio fin– previo a la acción humana.

No obstante, la cultura de nuestra época tiene como punto nuclear la noción de la *autonomía* plena: la firme



resistencia a admitir que la medida de la racionalidad del universo no es la inteligencia humana y menos aún la racionalidad técnica. Debido al prestigio mítico concedido a la ciencia, se hace difícil superar la actitud de confiar exclusivamente en esta forma de raciocinio, el de las ciencias positivas, que tiene necesariamente que *descomponer* la realidad para analizarla y después *componer* lo diseccionado. Es, precisamente, en ese *volver a componer* donde cabe el peligro de reformular el proyecto original, cambiar el sentido propio, es decir vaciarlo de sentido.

La cuestión de la eutanasia, de la creación y destrucción de embriones humanos, etc., evidencia la pasión del hombre *autónomo* por dominar “técnicamente” el mundo, la vida y la muerte. Es una mentalidad intervencionista que trata continuamente de aumentar la distancia entre lo dado naturalmente que uno se encuentra y lo realizable artificialmente que se hace. La verdad es indiferente o a lo sumo convencional y, por tanto, todo es factible. Interesan más las conquistas biotecnológicas y las aventuras espaciales que las conquistas del espíritu y la aventura del conocimiento de las cuestiones radicales de la existencia. Es un fracaso de la razón.

La ambigüedad del lenguaje de las bioéticas

El hombre *autónomo* se rebela contra el hecho de deberle a alguien la existencia. De ser una criatura a quien no le viene dado cómo vivir en forma de *instintos*, pero sí un instinto específico que es la ley natural. La pasión por convertirse en el *dador de sentido a sí mismo y a la realidad natural*, a imponer *su verdad*, lo lleva a rechazar esa luz de la inteligencia para enten-

der cómo son las cosas y, por tanto, cómo cumplir su tarea de vivir. Pierde su lugar propio en el universo y tal renuncia lo convierte en fuerza destructora ciega. La declaración de autonomía radical es el factor clave de la violencia de la cultura de la muerte: los mismos artefactos sirven para curar y para matar y, por ello, la técnica es de suyo ambivalente. La propia existencia queda encerrada en la búsqueda de soluciones técnicas a problemas que son humanos: pastillas que sustituyen virtudes.

Más aún, ese mismo encerramiento en la solución técnica a cualquier problema humano lleva a una omnipresente suprarresponsabilidad del poder biotecnológico que ofrece una medicina del deseo (soluciones técnicas al hijo deseado a cualquier precio) o defiende la necesidad de pagar cualquier precio (incluida la destrucción de unas vidas humanas) para cubrir el derecho a la salud de terceros. Abortar niños con deficiencias o seleccionar los embriones generados *in vitro* se convierten llamativamente en deber moral. Todo depende de lo que el hombre se proponga. Todo es relativo.

El problema de fondo de los debates respecto al límite entre poder y deber es la cuestión de cuál es el criterio –si es que lo hay– con el que podemos permitirnos practicar honradamente esa distinción entre lo que no debe hacerse y lo que debe realizarse. Es la cuestión de por qué razón hay cosas que han de hacerse y otras que han de omitirse. No es simplemente ignorancia de la verdad, sino un profundo relativismo moral. Es una absurda abdicación de la razón el relativismo ético que sostiene que dos morales contradictorias puedan ser igualmente equivalentes, y, por tanto, que se decida por mayoría.

¿Estamos, realmente, condenados a creer que la elección entre libertad y esclavitud, entre solidaridad y odio, entre muerte y vida, entre verdad y mentira es solo resultado de preferencias subjetivas o acuerdos mayoritarios? Para muchos no. Hay un criterio objetivo. Pero para algunos, y a causa del extendido prestigio de las ciencias de la vida, el único criterio es precisamente la ciencia biológica. El hombre –afirman– no es más que lo que la biología constata o, más bien, lo que la biología llegará a conseguir que sea. Por tanto, no hay ninguna instancia que sea anterior o superior a la ciencia y a la biotecnología; ambas constituyen la instancia ética última. De manera que todo lo que con la biotecnología pueda conseguirse debe hacerse o, al menos, es justo hacerlo. Quizás no habría inconveniente en admitir una respuesta de este tipo si, efectivamente, la ciencia biológica fuera capaz de constatar y de configurar una imagen verdadera del mundo, de la vida y del hombre. Pero no es capaz. Es obvio que con los métodos de la biología no somos capaces de dar cuenta cabal de todo lo que hay en cada ser humano: de su inteligencia, sus sentimientos, su aspiración de inmortalidad, su búsqueda irrenunciable de sentido.

Ahora bien, la “fuerza” propia de la biología humana puede detectarse precisamente por la ciencia biológica. Es capaz de hacerlo con una única condición: ser capaz de superar la tentación de ver los hechos naturales como algo aislado y encerrado en sí mismo, como material neutro o como mero proceso fisiológico del cuerpo del hombre, sin otro sentido que el que el hombre quiera darle en cada momento histórico. Siempre y cuando no afirme “esto es todo”; “el hombre no es más que... un saco de neuronas”.

La ciencia busca descubrir el significado natural de los hechos biológicos humanos, la verdad natural, y puede hacerlo con rigor y profundidad. El mundo natural no es un catálogo de seres sin relación y referencias entre sí y con el hombre; sin significado propio. La naturaleza no es homogéneamente neutra y por ello el núcleo esencial de la racionalidad científica es describir la razón de ser, la función propia de las realidades vivas.

Quizás la prueba más patente, y hasta patética, del fracaso de la razón científica hoy es el debate sobre el tipo y el modo de uso de las células madre en la terapia celular. Conocemos bien que los tejidos y órganos del cuerpo humano tienen capacidad, por sí mismos, para reparar los daños y regenerarse; es decir, las células madre de adulto tienen como fin, como función, ser esa reserva desde la cual, de forma natural, sustituir y recambiar lo alterado. Por otra parte, conocemos con rigor el embrión humano de pocos días de vida; sus células inmaduras y jóvenes son el embrión. Su función natural no es regenerativa, sino construir el cuerpo desarrollado. Son dos realidades distintas y no una simple alternativa terapéutica. Porque son lo que son, la forma de obtenerlas conlleva acciones diferentes. Tanto que obtener las de origen embrionario supone destruir, mutilar o dañar vidas humanas. La verdad de la realidad es la línea roja que califica la actividad científica, médica o de política científica.

La posibilidad de avanzar hacia la objetividad científica exige atenerse honestamente a los hechos naturales sin ignorar datos incómodos y respetando los hechos biológicos; esto es, aceptando su sentido propio y su valor. La racionalidad de la ciencia puede dar cuenta de la objetividad de las valoraciones que ha de hacer



en su propio terreno, siempre y cuando se libere de dogmatismos, prejuicios, intereses particulares, creencias o increencias que pretendan hacer decir a la ciencia lo que la ciencia ni dice ni desdice.

Afirma Tertuliano que la verdad solo pide no ser rechazada, al menos, mientras no sea conocida.

El lenguaje empobrecido de la ciencia

Al lenguaje de la ciencia positiva no le basta la gramática propia de las descripciones de los hechos, precisamente porque los hechos no son neutros, sino significativos, naturalmente con sentido. Un significado que está escrito en el lenguaje propio y universal de ese mundo, que es un lenguaje simbólico. Lo que aparece en primer plano, las *apariencias*, asequible al modo humano de conocer los hechos es, a su vez, signo de la realidad profundamente misteriosa. Por ello, el conocimiento científico forma parte de una racionalidad humana más amplia. Y, abriéndose a las otras formas de conocimiento, puede ir hacia esos puntos de *confluencia* del pensamiento humano de todas las épocas que permiten mirar limpiamente la realidad.

Un lenguaje de la naturaleza que no es literal, pero tampoco, de ninguna forma, convencional, ni extraño al mensaje de sentido. Lo recibido ha de ser pensado en el contexto cultural propio, hecho cultura, depurado del ropaje en el que nos llega. Pero, y esto es importante, la depuración del contenido del ropaje cultural no puede hacerse por verificación de los hechos, porque no es directamente alcanzable por ningún tipo de comprobación empírica. Ni puede negarse la validez del mensaje, ni afirmar el contenido de significado y

sentido que encierra pesando y midiendo. Lo que hay entre las *apariencias* y la *realidad verdadera* en un texto, un mensaje, una voz que no tiene lo que podríamos llamar una “traducción literal”.

Podemos decir que hay dos modos de “mal-traducir” que suponen caminar por falsos atajos. Uno es negar la verdad, la voz de la naturaleza, por datos empíricos. Hay afirmaciones en boca de científicos del tipo “algún día toda la Humanidad llegará a aceptar que la idea del alma y la promesa de una vida eterna han sido un engaño, de la misma manera que ahora acepta que la Tierra no es plana”². “El Universo no estaba preñado de vida, ni la biosfera del hombre. Nuestro número salió en el juego de Montecarlo... Hijos de la casualidad...”³. Sin embargo, las investigaciones de ambos dicen lo contrario. Sencillamente, fueron muy malos filósofos. Sencillamente, su síntesis no fue coherente, ya que dieron por cerrado de antemano el paso al misterio. Tenían la opción previa de que no existe más verdad que la que el hombre crea pesando y midiendo.

Esto es algo que se les perdona a los científicos por una admiración desmedida por esta forma de conocimiento. Se perdona hasta la arrogancia de afirmar que el desciframiento del genoma humano “nos dará a conocer qué es el hombre, de forma que después de la lectura del mensaje ya no quede nada por decir sobre él y sobre su presencia en el mundo”.

² Crik, F. *Un científico en busca del alma humana. Una revolucionaria hipótesis para el siglo XXI*, Círculo de Lectores, S. A., Ed. Debate, 1994.

³ Monod, J. *El azar y la necesidad: Ensayo sobre la filosofía natural de la biología moderna*, Barcelona, Ed. Barral, 1971.



Pero también es falso atajo aceptar el ropaje de la voz contra toda evidencia empírica, o, al menos, soslayar la tarea de verificar la descripción de los hechos narrados, sustituyéndola por lo que *se sabe* de la verdad de esa realidad escuchando el mensaje, la voz. Afirmaciones en boca de creyentes del tipo “el Bing Ban demuestra la creación del Universo” o “la complejidad de las vías metabólicas demuestra la existencia de un Designio Inteligente”⁴ muestran, de una parte, la inquietud ante las posibles consecuencias filosóficas de determinadas teorías científicas. Ciertamente, en más de una ocasión, se han presentado logros científicos como destructores de la fe o contrapruebas de doctrinas reveladas, aunque con el tiempo se ha visto que o no han sido rigurosos o tan nocivos, pero rara vez se hace referencia a ello. La ciencia positiva se ha convertido en cultura pública; una cultura tecnocientífica que impone como explicación de la realidad unos criterios que intentan desplazar los valores tradicionales judeocristianos. Se plantea que toda convicción, incluso la religiosa, tiene que estar disponible y rendirse ante los beneficios del poder técnico y se margina a quien mantiene decididamente que hay convicciones que no están disponibles ilimitadamente. Hasta el punto de que el relativismo llega a verse como presupuesto necesario para la tolerancia. Esto es así, pero no justifica el atajo.

Y, por otra parte, ese tipo de afirmaciones manifiesta un cierto déficit en la *inculturación* de la fe cristiana en la cultura tecnológica actual. El conocimiento de la revelación judeocristiana es una condición indispensable

para conocer nuestro mundo y nuestra tradición, es decir, para conocernos a nosotros mismos. Como señala Leo Strauss, “si queremos entendernos a nosotros mismos, e iluminar nuestra senda hacia el futuro, tenemos que entender Jerusalén y Atenas”. Ahora bien, entender Jerusalén y Atenas requiere acoger esa herencia como verdadero conocimiento; esto es, pensar el contenido de la tradición. Aprender de sus afirmaciones a afrontar los interrogantes, a reconocer la realidad y a acceder respetuosamente a la verdad.

La traducción entre ambos lenguajes no es literal. Requiere armonizar, en síntesis vitales y personales, ciencia, filosofía y creencias. En el caso de la fe cristiana, lo más importante, ciertamente, es el fundamento en la veracidad de Dios, que no puede engañarse ni engañarnos; pero esto no debe hacernos olvidar la riqueza de contenido propiamente cognoscitivo que se encuentra en la fe. De ahí que deba necesariamente ser hecha cultura, ser fe pensada, para que muestre la riqueza de su contenido, porque solo así se tratará de una fe que ha sido acogida como verdadero conocimiento. Lo cual exige crearse un espacio vital de libertad intelectual. Una atadura mental, por sutil que sea, no nos permite salir hasta la mitad del camino a recibir lo que viene a nuestro encuentro.

RECONOCER LA VERDAD ABRIENDO LA VERDAD BIOLÓGICA AL ANÁLISIS DE LOS GESTOS HUMANOS

Cada vez más “el predominio absoluto de lo empírico” se cuestiona desde el análisis de los gestos naturales. El lenguaje del cuerpo humano tiene un significado que no se agota en la descripción de los procesos fisiológi-

⁴ Behe, M. J. *Darwin's black box: the biochemical challenge to evolution*, Touchstone, Publicac. New York, 1998.

cos, sino que remite más allá, a la persona, y se desvela precisamente como una señal de la trascendencia, remitiendo a ella. ¿Qué ocurre realmente cuando una persona muere? ¿De qué es signo el hecho empírico verificable con la medida de un potencial de membrana que no hay actividad cerebral? ¿Qué es lo real? Son preguntas inevitables, cuestiones que no se pueden eludir o soslayar y que impiden dar por cerrado en el conocimiento científico el tema de la trascendencia.

Es evidente que sonreír es más que mover el músculo irrisorio. Y es impresionante que de los pocos genes diferentes que tiene el hombre respecto al chimpancé uno sea precisamente el que permite gesticular con la cara, al codificar una peculiar cadena de miosina. El cuerpo del hombre es humano hasta en el más básico nivel. Solo sonríe o guiña un ser que vive abierto a las relaciones interpersonales.

Nos centramos en la coherencia de la biología humana en solo tres de los múltiples gestos o fenómenos específicamente humanos.

1) Es un gesto humano universal mostrar afecto, acogida y hospitalidad invitando a comer; la celebración de fiestas se suele acompañar de un banquete; se brinda, se “come con”, etc. También es un gesto típicamente humano privarse voluntariamente de la comida, incluso hacer huelga de hambre. La inclinación natural a satisfacer el hambre está en función de la conservación de la vida. Pero, como todo actuar humano, no es instintivo y automático, aun en las tendencias naturales más pegadas a la vida biológica, como es esta. La inclinación no obli-

ga necesariamente; puede haber motivos para no seguirla y no se está obligado a tomar algo estrictamente determinado: se es capaz de hacer arte culinario. Y también de envenenarse por equivocación. Su ciclo vital intereses-conducta está abierto “más allá del nicho ecológico”. No solo no tiene nicho ecológico, sino que incluso la misma tecnología alimentaria le crea problemas ecológicos.

Tiene tal pobreza biológica, que los instintos son “muñones de instintos”. Pero es un “menos biología” que paradójicamente resulta en un *plus* de realidad de cada hombre. Su existencia no está ni dictada por la biología, ni resuelta por ella, sino que aparece liberado del automatismo biológico regido por el instinto de satisfacer la inclinación. Abre a la relación personal el fin natural de la inclinación (satisfacer el hambre) y es capaz de técnica, educación y cultura, con lo que soluciona los problemas vitales que la biología no le da resueltos. Está no-especializado, desprogramado, pero está hecho para trabajar y trabaja. Si no trabajara tendría que someterse automáticamente a las condiciones materiales del medio ecológico. La biología humana pone, pues, de manifiesto que el actuar humano no es simplemente instintivo o automático, sino libre y, por estar abierto a la relación con los demás, humaniza la necesidad. Porque es libre puede liberarse del automatismo biológico.

¿Qué base biológica está en la base de ese presupuesto de la libertad que aparece y se manifiesta experimentalmente en la deficiencia que tiene el hombre en el campo instintivo? De forma abreviada-

da podemos decir que el automatismo es una excitación de los circuitos neuronales, un disparo de las conexiones neuronales sin freno propio. Pues bien: liberarse del automatismo es poder frenar. “Para y piensa”, decimos. La base material que permite el pensamiento es una labor de frenado⁵. Es de una coherencia sobrecogedora el cuerpo humano: hay unos pocos genes propios del hombre y precisamente casi toda esa información genética se emplea en desarrollar con la propia vida las conexiones cerebrales inhibitoras implicadas en regular y “parar”. Unas conexiones que se amplían y agilizan con la repetición de actos de control de las inclinaciones, como satisfacer el hambre de la que hablamos. Justamente, es falta de la virtud de la templanza no ser capaz de dejar de comer si se tiene hambre y hay motivos personales para dejar de hacerlo. Es así como la debilidad biológica es compensada por la razón, un elemento radicalmente novedoso en el mundo de la vida. Es ley natural del hombre. Todos los procesos y gestos corporales tienen una racionalidad propia y consciente: hacen referencia al carácter personal de ese hombre.

- 2) Otro hecho de experiencia es el miedo que siente el niño que se despierta en mitad de la noche con una espantosa pesadilla. Es un hecho constatable que hay oscuridad y se siente solo y acosado; y también lo es que el niño se tranquiliza y recupera la confianza en la realidad cuando la madre lo acuna

y le dice: “No tengas miedo, todo está en orden, todo está bien”. ¿Miente la madre? Si toda la realidad fuera lo que la razón empírica puede manejar y controlar, esta madre miente. No es la luz, sino la oscuridad lo que le espera. No es la seguridad pasajera del orden, sino la pesadilla del caos. Miente, a no ser que exista otro mundo, otra realidad además de la oscuridad y el caos de la carencia total de sentido. Hay algo irreductible en nosotros que nos dice que la madre no miente. Hay algo irreductible en nosotros que nos dice que hay algo profundo y misterioso en el despertar de la conciencia humana: la primera sonrisa del niño de pocos días en respuesta a la mirada de cariño que lo afirma en la existencia. Que esto es más que poesía.

La biología muestra en el cuerpo del hombre rasgos morfológicos y funcionales muy peculiares. Por estar de pie y tener que sujetar la musculatura, la cadera adquiere una forma que hace estrecho el canal del parto en la pelvis femenina. La criatura humana nace siempre, por ello, en un parto prematuro, sin acabar, y necesitada de un “acabado” en la familia. Más aún, la construcción y maduración del cerebro de cada hombre no está cerrada, sino abierta a las relaciones interpersonales y a la propia conducta. Tiene una enorme plasticidad neuronal y sobre todo ello está necesitado para ser viable y para alcanzar la plenitud humana de atención y relación con los demás. Las neurociencias dan buena cuenta de la necesidad de ese modo de acogida maternal-familiar, en las primeras etapas de la vida, para el desarrollo cerebral y la armonización de la vida intelectual y afectiva. El desarrollo psico-

⁵ Polo, L. Lección 1 del Tomo II de *Teoría del conocimiento*, 3ª ed., Pamplona, Eunsa, 1998.



físico, el aprendizaje, etc., requieren un ámbito de relaciones personales de textura familiar, sin el que el niño sufre retrasos en su maduración intelectual y personal. No se inicia el desarrollo de la corteza cerebral, ni se hacen los dos hemisferios propios del cerebro humano si no llegan, en edad temprana, las conexiones que el sistema límbico emite hacia la corteza al “procesar” las emociones⁶.

La “urdimbre afectiva”⁷, iniciada en el encuentro con la madre en su misma gestación, lo dota para asimilar y asumir la vida abierta y libre. Es el afecto lo que prepara el cuerpo y la vida del hijo para la apertura que hace humano al hombre. Un ser nunca acabado, necesitado de relaciones personales. Requiere percibir que ha entrado en el mundo como fruto de amor, que es alguien, que es valioso en sí mismo y por sí mismo. Requiere percibir que su existencia tiene sentido para poder, más adelante, encontrarse a sí mismo, para vivir personalmente, para alcanzar la plenitud de una vida biográfica, creativa y cultural. El dinamismo *constituyente* propio de la libertad personal potencia el *dinamismo* propio de su naturaleza biológica, liberándolo de quedar regido meramente por las leyes de la biología que pautan el desarrollo corporal, especialmente del cerebro.

- 3) La biología muestra que la transmisión de la vida humana tiene carácter personal: no está en función de la especie, ni ajustada por el instinto, ni reduci-

da a los individuos mejor dotados por la biología, ni pautada por selección natural a la adaptación de la especie al entorno. El engendrar humano está liberado del automatismo de la reproducción animal.

- a) No existe en los seres humanos el determinismo biológico temporal que acopla la “época de celo” con el tiempo fértil de la hembra.
- b) El tiempo de fertilidad humana femenina es corto en relación con el número de años vivido. Signo de un viviente que ha de tener edad suficiente para el uso de razón a fin de educar a los hijos, y juventud suficiente para una vida familiar de los hijos necesariamente larga, puesto que la criatura humana nace inacabada y prematura.
- c) La menstruación femenina tiene sentido en razón del peculiar significado de la sexualidad humana, abierto y liberador del automatismo zoológico. Es el único signo externo perceptible del ciclo femenino de fertilidad, a diferencia de los animales, en que la fertilidad es advertida por cambios físicos y de comportamiento, que pautan el reclamo instintivo. Es un signo oculto para el automatismo biológico y solo racionalmente puede ser buscado y conocido haciendo de la paternidad-maternidad un proyecto personal de uno y una, a quienes la naturaleza no impone ni engendrar hijos, ni un número fijo.

El gesto unitivo no está cerrado como fin en sí mismo de transmitir vida sino que está abierto a una relación interpersonal libre entre un hombre y una mujer, que a su vez la abre a la impredecible historia de la relación paterno-filial. Es un acto personal. Un varón y una mujer se hacen potencialmente fecundos, *una caro*, en la expresión propia del amor sexuado. El acto de unión

⁶ Siegel, D. J. *The developing mind. Toward a Neurobiology of Interpersonal Experience*, New York, London, The Guilford Press, 1999.

⁷ Cfr. Rof Carballo, J. *El hombre como encuentro*, Madrid, Alfaguara, 1973.



corporal, que permite engendrar, coincide plenamente con el gesto natural de expresar el amor específico y propio entre un varón y una mujer. Puesto que de forma natural se da esa coincidencia intrínseca, la ciencia muestra la realidad de una biología del engendrar humano no-cerrada en el fin reproductor. Los procesos que tienen lugar en la unión sexual humana no pueden ser contemplados con independencia del amor, que es el impulso natural de esa unión. La eficiencia que se origina es esencialmente dependiente de la unión. Los padres humanos no son simples y eficientes donadores de gametos, no solo dan comienzo a la vida del hijo, sino que su amor *causa* el origen de la criatura que es concebida, procrean.

La realidad del significado inscrito en el gesto de la unión sexual implica que la realización consciente de ese gesto exige la asunción del significado que está inscrito en él. Es ley natural del hombre: la sexualidad es un ámbito natural personal que no requiere humanización por la cultura. La satisfacción de la atracción sexual no es una necesidad y es un ámbito natural menos cultural que otros (como el modo de vestirse o de mostrar en los gestos la situación de fiesta), donde las pautas de conducta son mucho más variables según la cultura. El modo de expresar el afecto sexuado es siempre, y en todos los lugares, aquel modo que hace posible la generación.

Toda la biología humana muestra el profundo misterio de una “más con menos”. Un peculiar organismo que expresa en gestos humanos al personaje titular de ese cuerpo. Un ser que no crece, madura y decae al mero compás del paso del tiempo, en paralelo con el ritmo automatizado de los ciclos biológicos. Un ser inadap-

tado a cualquier nicho, que en la pobreza biológica de un “menos” la vida no le viene resuelta. Que biológicamente no es competitivo y, sin embargo, gana la partida con trabajo y cultura; gana con las relaciones personales y los hábitos y las virtudes. Que siempre puede crecer, ser más, proyectar el futuro. Un ser que, liberado del encierro en el automatismo biológico, se abre a lo infinito.

En resumen, la biología humana, al mostrar que cada ser humano no está sumergido en los procesos naturales de la fisiología, deja el conocimiento abierto al misterio. No existe una “propiedad biológica” que explique la apertura libre, intelectual y amorosa de los seres humanos hacia otros seres. Pero la biología humana describe espléndidamente los presupuestos biológicos del don de la libertad personal. Aquello que permite que el titular de un cuerpo humano no quede encerrado en el automatismo fisiológico. Lo que no puede la ciencia es dar razón de *por qué* es libre, ni del origen de esa capacidad que es ley natural del hombre. Sin embargo, ayuda a escuchar entendiendo lo que de suyo dice el mundo natural, expresando la realidad escondida en él: su sentido profundo. Es una *revelación natural* de su Hacedor.

CRITERIO RACIONAL QUE LEGITIMA EL NÚCLEO UNIVERSAL DE VERDAD

¿Existe un núcleo de verdad no relativo a culturas o a épocas, sino universal? ¿Existe un criterio racional que permita legitimar un núcleo de verdad tanto en lo que se revela naturalmente en el lenguaje simbólico del mundo natural, como entre todo lo que nos llega “desde antiguo”?

La legitimación de la validez de *lo que nos llega* no se sostiene sobre sí misma, sino sobre el sujeto que *lo dice*. Es, pues, una cuestión de fe, una cuestión religiosa, entendiendo como religioso el conjunto general de explicaciones e interpretaciones que componen las tradiciones de la humanidad y se refieren a mensajes orales, textos, libros que estructuran la memoria de los orígenes, las razones, el destino. Explicaciones que nos llegan envueltas en un lenguaje propio. Se narra en historias, que con frecuencia tienen ropajes de fábulas, de descripciones científicas pintorescas, o de mitos.

Ciertamente, el modo de expresión muestra las lagunas del conocimiento científico de la época, pero no es legítimo rechazar *a priori* como míticas –es decir, como puras fantasías– las explicaciones de la realidad que nos llegan “desde antiguo”. No se puede rechazar *a priori* un contenido de verdad. Al menos por una razón de necesidad de supervivencia de lo propiamente humano: necesitamos recuperar esa otra forma de conocer, que trata, precisamente, de las cuestiones *últimas* a las que la ciencia no llega, ni puede llegar. Creo que, como afirma Pieper⁸, el criterio racional de legitimación del núcleo universal de verdad es una cuestión de *resonancia de lo intangiblemente verdadero*. Es la concordia de una voz que es una y única y que llega a todos y cada uno de los hombres, lo que permite la *aceptación racional como verdad* de un núcleo de afirmaciones.

Podemos estar convencidos, o no, de que existe realmente aquello de que hablan los grandes mitos: la procedencia de todo ser de la generosa bondad del Creador, el acontecimiento de una culpa y un castigo primordiales y el juicio al otro lado de la muerte. En cualquier caso, esa aceptación tiene un fundamento racional, que es la concordia de las voces en una única e idéntica voz. Una concordia con la verdad cristiana, cuyo fundamento es la *revelación primitiva*, una comunicación divina dirigida al hombre, que tuvo lugar al comienzo de la historia de la humanidad, y ese mensaje ha entrado en la tradición sagrada de todos los pueblos, es decir, en sus mitos, y en ellos se ha conservado y está presente de una manera segura, aunque desfigurado y exagerado.

La luminosidad de la naturaleza por la que se hace accesible a nuestro conocimiento fue además contada con la revelación primitiva a todos y para todos los hombres, con lo que se añadió así a la racionalidad humana un apoyo en la confianza de quien relata lo que hizo. Y que solo tomará una forma de expresión nítida en la revelación judeocristiana.

“Quien (...) es capaz de echar una mirada retrospectiva (...) a los mitos relatados en la obra de Platón –señala Pieper⁹– no solo se sorprenderá de la simplicidad y coherencia de la visión del mundo que late en los mismos y se perfila, pese a la confusa multiplicidad de los materiales, sino que además se sentirá impresionado

⁸ Pieper, J. “Las dos facetas de la verdad”. En: *Antología*, Ed. Herder, 1984.

⁹ Pieper, J. *Sobre los mitos platónicos*, Barcelona, Ed. Herder, 1984.

por la coincidencia difícilmente imaginable entre esta visión del mundo y las doctrinas e historias que el cristianismo ha considerado y venerado desde siempre como verdad. Lo que nos maravilla sobre todo es la representación casi idéntica del comienzo primero del mundo y de la consumación última del hombre. Para Platón, que en esto no difiere del cristianismo, es la bondad generosa y sin envidia del Creador la fuente de la que toma su origen todo cuanto existe”.

La legitimación de los núcleos de verdad es la concordia con la verdad cristiana. Si alguien opta por no salir al encuentro de las verdades últimas, empíricamente inverificables, es preciso al menos que acepte la legitimidad racional de la continuidad del camino de los hechos hasta aquello de lo que son signo.

